



M. T. Podestá

En el comité

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

En el comité

La casa decía a las claras lo que había adentro. Era una de esas que las señoras conocen desde la fachada que no son para familia.

A pesar de su arquitectura exterior, donde se habían colocado grandes guirnaldas de flores de yeso y angelitos que sostenían en los cuadros de las ventanas coronas votivas, sobre urnas de tierra romana; a pesar de su friso de mármol blanco, herrumbroso en todas partes y medio deschapado en los cantos, y de su puerta de cedro labrada, -estaba revelando que el abandono reinaba como dueño absoluto de la vivienda.

Un inquilino en desgracia la había habitado el último, promoviendo a la dueña todos los pretextos y todas las mañas, para disfrutar de ella, estirando el plazo de la ley, hasta que la amenaza de arrojarlo a la calle con sus trastos, le hizo salir.

En venganza del desahucio había desclavado media docena de cerraduras y roto todos los vidrios que estuvieron al alcance de su despecho y de su palo de escoba.

El aljibe estaba medio relleno de desperdicios de todo género, y en las paredes, de las que se había despellejado el papel, un verdadero *tatuaje* de figuras poco honestas y de insolencias colectivas, al dueño, al comisario y al juez de sección.

Cuando entró su dueño y pudo apreciar la catástrofe que le había caído, se agarró la cabeza con las dos manos, se arrancó unos cuantos mechones de cabello y lanzó ternos que hicieron sublevar a la colonia de ratones que dormía tranquilamente entre los bastidores de las paredes; juró que no la alquilaría más sin un legajo de fianzas y sin informes previos de la honestidad y buenas costumbres del inquilino.

.....
En esa vivienda se instaló poco después un comité parroquial.

Era una ganga encontrar quien la alquilase así, sin hacer gastos que importarían toda la renta que había sacado desde que la alquiló. Al fin, destruida por destruida, más valía que la obra de devastación continuase, y luego que el comité se extinguiese, él tomaría sus medidas.

Un buen alquiler mensual, como que nadie lo pagaba, y la fortuna de que no hubiese criaturas, -estos enemigos irreconciliables de los dueños de casas.

Con cuatro escobazos dados por el guardián, que se había instalado en el cuarto del baño, el arreglo estuvo concluido.

Todo el mueblaje eran unas sillas de esterilla alquiladas, un escritorio medio derrengado y un cuadro flamante, con gran cornisa dorada, del candidato por quien se hacían todos los preparativos.

Al cuadro se le agregaron borlas y cordones de seda y se le colocó en el sitio de honor, en el fondo del salón, en medio de dos banderas que servían para todas las manifestaciones del caso.

Dragoneaba de dueño de casa un jovencito flacucho, de ojos vivarachos y de bozo naciente, con su cuello de camisa que le daba hasta las orejas, circundado por una gran corbata de

raso a rayas y sujeta adelante por un alfiler lustrado con un guante viejo.

Gran cadena del mismo metal que el alfiler, prendida de un chaleco orillero; -chispa de brillante en el meñique.

Era el secretario, con todos los poderes para dirigir esa cancillería improvisada, apto para hacer una nota con diez errores de ortografía en cada renglón, como para llenar boletas con nombres supuestos, si era menester.

El presidente era un señor muy conocido en la parroquia, a quien sus dependientes, secretario y amanuenses de ínfima escala, habían democratizado a su antojo, llamándolo simplemente por su apellido, a quien lo colmaban de reverencias y de señor y don, cuando caía al cenáculo del comité y cuando rendían cuentas de los chismes y habladurías que habían inventado.

Estos eran los personajes más importantes de la casa.

El complemento era un cebador de mate, que no hacía otra cosa durante el día y la noche. Se había provisto de media docena de estos adminículos; los llenaba alternativamente en el fogón improvisado y los repartía de a tres en mano cuando había asamblea; por supuesto que en cada reparto los probaba todos, para cerciorarse de si las bombillas estaban corrientes.

Era un tipo criollo, achinado, gordo, medio extrabizco por el vicio de hacer guiñadas cuando estaba saturado de alcohol, que por enfermedad real de los ojos.

Tres camadas de pelo, ensortijado, entrecano, duro, con un ribete acanalado, alrededor de la nuca perfectamente afeitada; barba rala, como si se la hubiesen arrancado en distintos puntos.

De estatura baja y piernas torcidas -del caballo, como él decía, -vicioso, incorregible, pero amigo de todos los tipos de rompe y raja de la parroquia; por consiguiente, útil y recomendable para dar una embestida al atrio el día de la elección.

Para él, destripar a un semejante era lo mismo que cebar un mate; sumisión era esa, así se la habían enseñado, y desde joven adquirió fama de guapo y decidido.

Era mimado como un niño, y cuando le daban una palmada en el hombro y le decían: "Muy bien, don Fulano, aquí tiene para los vicios", su cara abotagada tomaba una expresión de júbilo feroz; se iba a su cuarto, apuraba todo el alcohol de sus botellas y empezaba a hacer sus locuras, como le decían sus compinches.

Sabía, por otra parte, que tenía la vida asegurada, y que en la policía no estaría ni el tiempo para decir amén, si por casualidad se le iba la mano.

El secretario y éste eran amigos cordialísimos; el primer mate y la mejor yerba eran para el niño, como él llamaba al señor secretario, quien, a su vez, retribuía las atenciones dándoles las mejores dagas y revólveres cuando se tocaba generala.

A sus colegas les llamaba los muchachos, y cuando se preparaban para hacer una escaramuza, él decía: "ya están prontas para hacer una diablura".

Extraño contraste de buenos sentimientos, de aberraciones, sirviendo de coeficiente a todo este conjunto abigarrado de hombre y de bestia, las dosis de alcohol que diariamente infiltraba en su organismo.

Son éstos el retazo de pueblo a quien se arenga con el propósito de sugerirle ideas y conceptos políticos, sublevando en ellos sentimientos torcidos, y a quienes se fomenta la haraganería y los vicios por una temporada, cuando hay que lanzarlos como perros de presa sobre el adversario.

El nombre de valientes les suena como una música celestial, trastornando su cerebro, y la interpretación que ellos dan a la palabra, consiste en promover los mayores desórdenes,

contando con la impunidad y la protección de sus jefes.

.....
La casa se llenaba durante la noche de todos estos ciudadanos dispuestos a derramar su sangre, más por el patrón que por la patria, y que en la inconsciencia de sus derechos y en el relajamiento de sus costumbres, son capaces de todas las temeridades más odiosas... y de todos los heroísmos más abnegados... al César lo que le corresponde.

En las épocas de las elecciones hacen su aparición repentina -vienen por bandadas, por grupos; otros, solos, taimados, haciéndose rogar, convencidos de su valimiento.

Al oscurecer empiezan a desfilar lentamente hacia el Comité, haciendo estaciones y caídas en todos los negocios de bebida, en los que de paso reclutan a los más rezagados.

Fácilmente se les puede rastrear por la franja descolorida que van dejando, pues es su hábito peculiar, caminan rozando las paredes.

Los más jóvenes conservan bien la noción de sus actos, y aunque no puedan medir el alcance de las obligaciones y de los derechos de que pueden disfrutar y que ellos enajenan fácilmente en beneficio de un tercero, saben muy bien apreciar la importancia de su puesto, y entienden, como ninguno, el sistema de darse aire en su jerarquía de política transitoria. Sufren una curiosa perversión de sentimientos, pues la patria encarna, para ellos algo como la guerra, la lucha, la defensa de derechos usurpados, y por esto en la guerra los vemos realmente luchar brazo a brazo, como valientes, y sostener la fama de tales con un ardor y un brío que envidiaría al mejor soldado.

La patria en la guerra, en el peligro, en las convulsiones políticas, es la única patria que ellos reconocen, y puede decirse que en esto se cumple una ley de atavismo social.

Felizmente, a estas ideas y a estos hechos, transmitidos conjuntamente con el coraje de padre a hijo, se han sucedido otros conceptos que, en la evolución material y moral de nuestro progreso, borran los instintos bélicos y camorristas, por el amor al trabajo; y al amparo del orden, de la estabilidad, son factores útiles que se van incorporando insensiblemente al engranaje común para contribuir al engrandecimiento del edificio social. A la patria guerrera se ha sustituido la patria del trabajo; al arma, el arado, y a las convulsiones políticas de los caudillos, la propaganda incesante por el orden y el bienestar común.

.....
En las estaciones políticas sube, sin embargo, la marea, y entonces viene a la superficie los impenitentes, los rezagados, los aferrados a las ideas antiguas, los que quieren echar una cana al aire, arrastrando el poncho y acariciando el facón; pero el entusiasmo dura poco, y los antiguos bríos no encuentran la resistencia apetecida.

Ellos se mantienen fieles a su tradición y a su fama legendaria de valientes; leales hasta el sacrificio; audaces hasta la temeridad: -héroes anónimos, que todos sabemos donde caen y donde mueren.

Su recompensa no cuesta a la patria muchos desembolsos.

Los más viejos ya han corrido la dura tarea de una vida azarosa, sin porvenir, sin horizonte, sin ambiciones: -un hogar que fácilmente se derrumba; hábitos nómadas y la herencia de la miseria como una perspectiva poco halagadora que ellos miran con indiferencia.

Son los figurantes del Comité, los indispensables para dar a las manifestaciones públicas su carácter de grandes asambleas en plena calle, a los gritos de viva fulano y mengano, en medio del estrépito de la música destemplada y de las puertas y vidrieras que se cierran por temor de los estragos.

.....

Esa noche había gran asamblea.

El Comité hervía de gente de toda clase. -Las piezas interiores estaban ocupadas por los personajes más conspicuos; -los miembros de la comisión directiva con cierto aire de suficiencia y de unción que les venía de lo alto.

El secretario se había puesto su cuello más almidonado y una levita negra que le daba por las pantorrillas; estaba embarazado con sus faldones, que en cualquier movimiento se abrían como paracaídas, -lucía su mejor alfiler, y su anillo de chispa tenía un compañero tan ancho que le impedía doblar el dedo.

Iba de un lado para otro, llevando papeles, entregando cartas y notas -dando explicaciones, escuchando pacientemente las preguntas que le dirigían y sonriéndose con malicia con alguno de su confianza, cuando pasaba por delante de una serie de personajes adustos, graves, que estaban sentados en hilera simétrica, en un rincón de la sala, fumando con desahogo, hablándose a hurtadillas con monosílabos, y dirigiendo de tiempo en tiempo sus ojos desconfiados a la puerta de salida.

Tenía el aspecto venerable de los ancianos bíblicos.

La buena fe les hacía considerar el Comité como un templo; su actitud era la de un testigo que espera la llegada del juez para prestar su declaración.

Habían acudido al llamamiento, trayendo su contingente de influencia; en cambio, habían abandonado su hogar y sus majadas con la despreocupación que les caracteriza.

El secretario aprovechaba la confusión para hacer sus excursiones al fondo de la casa, en busca del fulano de los mates que los tenía cebados en hilera y por cuyas bombillas pasaba alternativamente sus labios como quien toca la zampona; luego limpiándose con la manga del levitón, entraba más serio que un obispo en el salón de su dependencia.

Un vocerío sordo y molesto llenaba todo el ambiente, especialmente en el interior, donde se respiraba un aire denso y saturado de humo.

En los distintos corrillos que se habían formado, se hablaba en voz alta, se discutía, se armaban apuestas y se ponderaban las virtudes y los mitos de los ciudadanos inscriptos en las listas.

-Eran todos la flor y crema del partido; ninguna tacha podía arrojárseles; en cambio, a los que figuraban en la lista contraria, se les aplicaban los dicterios más usuales del vocabulario callejero.

Se les presentaba como a seres de otra especie.

Esos no querían la patria feliz, engrandecida, sino abierta por los cuatro cantos para satisfacer sus ambiciones y su codicia.

Un extraño, al oírlo, habría creído que se trataba de enemigos feroces a quienes era menester negarles el fuego y el agua.

En el patio, las escenas y los corrillos revestían un carácter más especial, más democrático.

-Era la gente, la *troupe*, que estaba esperando el santo y seña y el reparto de armas; -todos estaban listos, dispuestos al asalto y a defender sus derechos.

Esa noche estaban acuartelados en el Comité; habían recibido un *pret* generoso y una ración muy abundante de alcohol, de mates y de cigarros.

Contentos, decidores, algunos habían improvisado un fogón en el fondo, alrededor del cual se habían agrupado en cuclillas doblando la cabeza sobre el pecho, para no respirar el humo que despedía un pedazo de carne asada, ensartada en un palo inclinado sobre el rescoldo.

Contaban sus aventuras galantes y militares, sin énfasis, sin afectación, en esa media lengua, mezcla de castellano, de argot callejero y de interjecciones picantes.

Un mocetón novicio, escuchaba como un discípulo esas lecciones prácticas, en tanto que

tocaba una marcha con el cabo de su cuchillo.

De pronto, un silbido especial, prolongado, que vino del primer patio, hizo levantar a uno de los camaradas que se abrió paso sin miramientos entre los grupos.

Al llegar a la puerta de la sala, se encara con el secretario, que le dice algunas palabras al oído; luego, se aparece un personaje con la levita de paño, sin sombrero, de melena escarchada y reluciente: con aire agitado lo toma del brazo, lo lleva a un rincón y allí le da las instrucciones necesarias, después de las cuales se retira, no sin haberle dicho nuevamente, acompañando sus palabras de un gesto significativo: -¿ya sabes, eh? -Pierda cuidado -contesta el aludido, echando su mano al ala del sombrero y abriéndose paso nuevamente, más ufano y engréido que un canciller que lleva *in pectore* un grave secreto de estado.

Los camaradas miraban con curiosidad y envidia al jefe improvisado, y algunos, con cierta audacia curiosa, se atrevían a preguntarle: -¿qué te ha dicho? ¿qué hay?... -Nada, hombre, nada; lo que hay, es que mañana tendremos que relucir las latas -añadió con aire de impaciencia el caudillo, mientras volvía a su fogón, donde lo esperaban veinte ojos para interrogarlo de nuevo.

.....
Un mulatillo imberbe, que había colocado su cigarro detrás de la oreja y que estaba arrimado de canto contra la pared, con el ala del sombrero sobre los ojos, sonreía irónicamente, al tiempo que decía con tono rencoroso: -ya veremos mañana si es tan guapo como dicen.

.....
Continuaba la bulla y el vocerío; habían dado las diez; el presidente del Comité no aparecía, faltaban él y algunos otros miembros conspicuos de la comisión directiva.

La gente empezaba a impacientarse, y se disponían a abandonar el recinto.

Efectivamente: el presidente, echando su blando abdomen y abanicándose con el pañuelo, entró sofocado en el zaguán.

Detrás de él venían los personajes de mayor cuantía, procurando hacerse de importancia cada uno a su modo.

No bien hubo llegado el presidente al patio, un estruendoso viva hizo retumbar la casa.

¡Viva fulano, viva mengano, muera el de allá! -gritaba cada uno, según su entusiasmo y sus instintos.

Un negro veterano, aguerrido, acribillado de heridas y de porrazos, abría una boca como un horno, y en los momentos en que prolongaba la cantinela, parecía una de esas cabezas que sirven a los niños para jugar a los tejos.

Restablecido el orden, y una vez que el presidente hubo cambiado apretones de manos, abrazos y demostraciones cordiales y efusivas con los más íntimos, el señor secretario tocó violentamente la campanilla para llamar la atención del auditorio y restablecer el silencio.

Una vez obtenido el objeto, el presidente, que había sentido algo como un baile de vísceras en el interior del cuerpo, tomó la palabra, empezando con un ruidoso: -¡Señores! -como quien da un gran sablazo en el aire. -¡La patria! -añadió en seguida (¡siempre la patria tomada de los cabellos para servir de pantalla a todas las diabluras, como decía el cebador de mates!). Todos los ojos estaban clavados en el fondo del salón, y las miradas, en los distintos puntos de la respetable economía del señor presidente.

-La patria, que avanza con pasos gigantescos por el camino de la gloria (¡bravo, bravo! aplausos y vivas prolongados; algunos muertas, dados a destiempo, produjeron un poco de hilaridad, pero, en fin, el presidente, sin desconcertarse, continuó su peroración...).

Estamos en una época de lucha por los grandes principios (¿cuándo no lo estamos?), y por las ideas (esta es otra música).

Es menester que aunemos nuestras fuerzas para el bien común (esto, dicho sin vacilar y con aire de convencimiento), y entonces necesitamos el esfuerzo de todos, de todos los que amamos las instituciones libres (los adversarios las detestan) para que la patria de San Martín y de Belgrano (indispensables en todos los discursos patrioterros; -vivas y aplausos prolongados (menos mal cuando se aplaude a los próceres)... Y bien, señores (recurso como la ayuda de la virgen María en los sermones), y bien, mañana es el gran día en el que iremos a demostrar a nuestros enemigos (la enemistad es recíproca) que estamos preparados al triunfo, y que nuestros elementos, secundados por nuestros derechos (benditas sean tus armas, joven soldado), pondrán la justicia de nuestro lado, para que se salven los principios (gran pausa; mirada significativa de un íntimo del presidente, que le dice con admiración silenciosa: ¡eres un Demóstenes!). Que se salven los principios, sí, señores (pausa y espera de aplausos ruidosos; y, por último, en nombre de... aquí el nombre del candidato, de efecto mágico, pronunciado con dulce languidez de enamorado... vivas y aplausos a discreción; la campanilla del secretario vuelve a sonar con estrépito. Se restablece el orden, y el presidente, a quien empezaba ya a flaquear la memoria, y creyendo haber cumplido de sobra con el encargo del candidato, se lanza con bríos al epílogo del discurso con otro): ¡señores! (tirado a fondo) en nombre de... os pido a todos y a cada uno que os encontréis mañana en el puesto de honor, en defensa de nuestras instituciones y de nuestros derechos. Las instituciones están tan tranquilas como los papeles viejos de un archivo. Resonaron nuevamente los vivas, los aplausos, y la música contratada para esa noche empezó a preludiar un trozo destemplado de opereta.

En ese momento hizo su entrada el *hombre de los imanes*, acompañado de su amigo.

En la mitad del zaguán se le había empacado; quería retroceder; -huir como los chicuelos que se escapan del colegio.

-Vamos, entra de una vez, ¿tienes miedo? -le dijo su amigo impaciente.

-No, miedo precisamente... Es que me marean tanta gente, el humo y el mal olor que aquí se toma.

-No, hombre, en política, no hay malos olores; debes acostumbrar tu olfato, -¡todo es ambrosía! y el *hombre de los imanes*, con su cara triste, vieja, lánguida, sus barbas que parecían postizas, sus largas piernas de esqueleto, y sus manos de desocupado, entró en el patio con el sombrero debajo del brazo, como quien lleva un instrumento de música.

Una vez allí, empezó a mirar para todas partes, con ánimo de disparar; le latía el corazón, como si estuviese cercano a un gran peligro; todo era nuevo para él: era la primera vez que afrontaba esas reuniones, de las que tantas veces había oído hablar y en las que nunca había penetrado.

No había vuelto en sí de su azoramiento, no había acabado de buscar un sitio oculto, oscuro, desde donde pudiese observar todo sin ser visto, cuando empezó a sonar de nuevo la campanilla: se hizo el silencio, menos solemne que cuando había hablado el presidente, pues el que iba a tomar la palabra en nombre de los derechos del pueblo, etc., era carta conocida, y como orador no tenía sino la figura.

Habló, historiando las peripecias de su gran partido, los sacrificios que todos habían hecho, incluso él, que andaba merodeando por un puestito cualquiera y haciendo acopio de méritos.

Los vivas y los aplausos interrumpían el discurso; el entusiasmo iba en crescendo; las palabras: patria, amor a las leyes, defensa de derechos, peligro de instituciones, grandeza

futura, próceres y semi-próceres, todo había salido a relucir, como quien sacude el polvo a la ropa vieja. Para nuestro *hombre de los imanes* eran cosas raras, singulares, algo como si estuviese en un manicomio.

Se desconocía a sí mismo, desconocía a su amigo, a quien veía en medio del salón con el cabello alborotado, los ojos brillantes, haciendo ademanes grotescos, dando exclamaciones impetuosas que le hacían saltar los botones del chaleco.

El mismo se sintió entusiasmado; una ráfaga de patriotismo de Comité le recorría la médula como un sacudimiento voluptuoso.

Tuvo tentaciones de gritar, de subir a la tribuna improvisada y ostentar él también su elocuencia de patriota por la buena causa, por los principios sagrados de la libertad, por el amor a las leyes y a los derechos del hombre; -se sentía transportado, era otro; allí, en un rincón, había perdido el miedo; se sentía inflamado por el ardor juvenil, por sus ideales: Lamartine y Pelletan le bailaban en el cerebro; se ponía nervioso, frenético; las escenas de sangre, las conspiraciones, la patria en peligro que lo reclamaba, todo pasaba en tropel delante de su pupila dilatada.

En ese momento hubiera deseado la lucha, el combate, la guerra, el estruendo de los tambores, el silbido de las balas, los ayes de los heridos y de los moribundos; él, en medio del peligro, fuerte, valiente, peleando brazo a brazo, derribando enemigos, asaltando fuertes, tomando trofeos de guerra; -y luego, en medio del humo y del combate, levantando el estandarte de la patria sobre las ruinas y los cadáveres del enemigo; aclamado, vitoreado, cubierto de laureles y de flores, en una apoteosis brillante que lo saludase como al benefactor de la patria querida.

Su cerebro daba vueltas como un molino; se le nublaba la vista; ya no veía la masa enorme de gente que lo rodeaba; tenía zumbidos en los oídos; estaba fuera de quicio; su entusiasmo lo había llevado al delirio; a los gritos de vivas y muertas se sentía estremecido como si le diesen una gran sacudida en la nuca.

En ese instante la manifestación debía salir a la calle; los grupos se iban uniformando, y al compás de una marcha ramplona iban marcando el paso con palmoteos y silbidos; tenían que pasar frente al Comité enemigo, para dar fe del entusiasmo y del número, y enseñar bien los dientes.

-Vamos, vamos -decían desde adentro; -él se sintió empujado, arrebatado, y sin perder un ápice de su entusiasmo, se fue al fondo del salón, arrancó rápidamente una de las banderas, con acento vibrante dio un grito de ¡viva la patria! que le salía del fondo del corazón, y se lanzó a la calle desplegando su estandarte.

Allí, olvidándose de la consigna recibida, suscitando en su memoria el recuerdo de otros tiempos, y con el delirio de su entusiasmo, iba a dar un viva a sus ideales del pasado, cuando sintió que una mano fuerte, nerviosa, le comprimía la boca, dejándole el viva en los carrillos abollados como los de un niño que juega con un buche de agua.

-¡Bárbaro!... -le dijo su amigo al oído; abrió él los ojos como un estrangulado; y con acento quejumbroso balbuceó: -¡Tienes razón!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

